

CAPITULO XXXVI.

Disturbios y alborotos en Génova.--Nobles antiguos.--Nobles nuevos.--Salen de la ciudad los primeros.--Interviene el rey de España.--El legado del Papa.--Pacificación.

1573—1574.

HABIENDO hecho mencion de los disturbios que habia en Génova cuando se proyectaba la expedicion de las fuerzas españolas sobre Túnez, creemos de nuestro deber dar una idea sucinta de aquellos acontecimientos, omitidos entonces por no interrumpir el hilo de la historia. No es de este sitio trazar la de aquella república, que ha desaparecido hace algunos años del mapa político del mundo. Floreció como otras muchas en los siglos que se llaman de la edad media, y á excepcion de Venecia, que le era superior, ocupaba el lugar preeminente. Se distinguia por el comercio, por sus establecimientos marítimos, y hasta por sus conquistas, contando entre sus adquisiciones la isla de Córcega, cuyo territorio excedia en superficie al suyo propio de la tierra firme. Degeneró su gobierno, como sucedió en muchos estados de la propia clase, de democrático que era á los principios, en aristocrático, no saliendo las riendas del estado de las manos de las principales familias del pais, que se repartian el poder con exclusion de las clases inferiores. Habian tenido relaciones de alianza con los reyes de Francia, que con frecuencia se erigian en sus *protectores*, haciéndoles pagar caro este favor, que no les dispensaban sino á título de mas poderosos y mas fuertes. Tuvieron serios altercados con objeto de sacudir este yugo con los reyes Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, sin conseguir una emancipacion tan deseada. Todavía no tenian entonces un administrador ó magistrado supremo, y en el gobierno habia en rigor tantas cabezas como familias podero-

sas, ejerciendo la mayor influencia la que entre ellas era la mas rica ó mas servicios prestaba á los intereses del Estado. Ocupaba en tiempo de Francisco I y Carlos V este lugar distinguido entre los magnates de Génova, el famoso Andrés Doria, uno de los principales marinos de aquel tiempo. Ayudaba á Francisco I en sus guerras con sus galeras y gente de mar; pero habiéndose indispuesto con este soberano, se pasó al servicio del emperador, y en seguida al de su hijo, en el que se mantuvo hasta su muerte, habiéndoles mostrado la mayor fidelidad en cuantas empresas se le encomendaron. Siguió su ejemplo su sucesor Juan Andrés Doria, segun acabamos de ver, en las últimas guerras entre los principes de la liga y el Gran Turco. Se reconocia á Felipe II como protector de Génova, y bajo sus auspicios se habian hecho algunas reformas en el gobierno del Estado, siendo entre otras la creacion de un Dux ó duque que ejercia las funciones de supremo magistrado. Tambien se habia introducido la innovacion de agregar algunas familias poderosas que llamaban de nobleza nueva, á las antiguas que estaban en posesion de ejercer esclusivamente los principales cargos públicos. Comenzaron, pues, los disturbios por las rivalidades entre estas dos clases de nobleza, pugnando las primeras por no ceder, y las segundas por participar en todo de sus prerogativas. Las cosas llegaron á términos, que el rey de España creyó ser necesario mandarles embajador extraordinario á fin de arreglar sus diferencias. Echó para esto mano de don Juan de Idiaguez, á quien acompañó don Sancho de Padilla, que debia quedar de embajador ordinario cuando se verificase la salida del primero. Llegaron los dos á Génova á mediados del año 1573, y fueron muy bien recibidos de todas las clases de la nobleza, sobresaliendo entre todos el mismo Dux recién electo. Habia salido este alto funcionario de entre las filas de los nuevos nobles, con lo que habia quedado muy contenta esta parcialidad y muy disgustada la contraria. Se hallaban por entonces algo

sosegados los ánimos; mas se temian nuevos disturbios á la próxima eleccion de los principales cargos públicos. Pretendian los antiguos nobles que de todos modos les asegurasen la mitad de estas grandes dignidades; mas sostenian los nuevos, que puesto que las clases se habian igualado, se mezclasen todos los individuos para que de entre ellos saliesen indistintamente los electos. Los primeros se obstinaron en llevar adelante su resolucion; tan desconfiados estaban de obtener en caso contrario la igualdad, y mucho menos la preponderancia.

Se agitaban estos dos partidos con aquella vivacidad que se ha visto y se verá siempre cuando unos pugnan por conservar antiguos privilegios, y los otros aspiran á participar de ellos ó á arrancárselos. Era conocida la parcialidad de los antiguos nobles con el nombre de Portal de San Lucas, y la de sus rivales con la de Portal de San Pedro, por las dos localidades en que celebraban regularmente sus conferencias. Tenian los primeros á su favor el mayor número de propiedades, las simpatías de los príncipes vecinos como el duque de Saboya y el duque de Florencia, sin contar con el virey de Milan. Contaban los nuevos nobles con las clases populares, tan celosas siempre de las prerogativas y de los privilegios de que se hallan las altas revestidas. Era hasta cierto punto una especie de lucha entre el privilegio y la igualdad, entre la aristocracia y el partido democrático.

Propendia, como es de suponer, el embajador extraordinario español, á la clase de la aristocracia, pues tales eran los sentimientos que abrigaba el rey de España; mas como le convenia ser conciliador, trató de arreglar por de pronto la disputa que se habia suscitado con motivo de la eleccion de los oficios. Por sus consejos se decidió que cada dia de las elecciones recayesen los nombramientos alternativamente en las dos parcialidades, y que ningun nuevamente elegido pudiese entrar en funciones hasta que tuviese un compañero de la otra parcialidad, para que resultase de ese modo un equilibrio

de influencia y de poder, que era á lo que unos y otros aspiraban. Así se verificó en efecto, y por todo el año de 1573 se mantuvo quieta Génova sin ningunas turbulencias. En cuanto al rey de España, satisfecho de los servicios de don Juan de Idiaquez, determinó que se quedase de embajador en Génova, confiriendo á don Sancho de Padilla el mando del castillo de Milan, en reemplazo de don Alvaro de Sande, ya difunto.

El año siguiente, de 1574, se renovaron las agitacionnes entre las dos parcialidades. Ademas de la animosidad naturalmente encendida entre ambos partidos, no faltaban quienes desde afuera añadiesen pábulo al encono. Por lo mismo que el rey de España protegía á la alta aristocracia, auxiliaba por debajo de mano el rey de Francia á las clases populares. En Milan tenia siempre dispuestas algunas fuerzas militares el virey, para caer sobre Génova cuando fuese necesario. Las mismas disposiciones manifestaban los duques de Saboya y de Florencia, siendo bien público cual de las dos parcialidades de Génova eran objeto de su simpatía. Se irritaron con esto los del partido popular, y acusaron á los nobles de llamar á los extranjeros con diversos pretextos, y entregarles despues las armas de que estaban haciendo acopios en sus casas. Fuese esto cierto ó no, se hicieron tambien con armas sus contrarios. Eran las apariencias todas de venir á las manos unos con otros; mas por la influencia de don Juan de Idiaquez se hizo salir de Génova á los extranjeros, y se mandó que los que se habian hecho con armas las entregasen, para cortar este gérmen de desconfianza y suspicacia. Quedó la ciudad tranquila, aunque solo en la apariencia; mas temerosos algunos de los antiguos nobles, se salieron de la ciudad, protestando contra lo que llamaban tiranía de sus antagonistas.

Como se consideraba el rey de España como el protector de Génova, se conducia su embajador don Juan de Idiaquez mas como arbitro de las disensiones del pais, que como simple consejero que habla solo por el deseo

de ser útil. Trató, pues, de que el partido popular entrase en su deber, exponiéndole lo que debían al rey de España, el interés que tenían por lo mismo en deferir á su alta autoridad, insinuando al mismo tiempo los funestos resultados que podrían acarrearles su falta de sumisión y deferencia. Mas le fué respondido por Bartolomé Coronado, uno de los principales del partido popular, que el pueblo de Génova en oponerse á las usurpaciones de los nobles, en proveer á las medidas de su seguridad, no se apartaba nada del respeto que el rey de España merecía, ni se hacía indigno de que le retirase una protección, á que por tantos servicios se habían hecho los genoveses acreedores.

Habían llegado las cosas al término, que según la opinión de muchos no podría decidirse la cuestión sino por medio de las armas. Se habían roto ya las treguas que se habían ajustado en Génova entre las dos parcialidades, y cada día iba en aumento la emigración de los de la antigua aristocracia. Se habían algunos retirado al campo, pasado otros á países extranjeros, y en las cortes de Madrid, Milan, Florencia y Saboya, se quejaban altamente de la tiranía de sus opresores. Continuaban mientras tanto los aprestos militares de los príncipes vecinos. El pontífice, deseoso de terminar las desavenencias sin efusión de sangre, mandó á los duques de Saboya y de Florencia se estuviesen quedos, y él por su parte envió por legado á Génova al cardenal Moron, con orden de mediar, con todas las artes que le sugiriese su prudencia, entre las dos parcialidades.

Se presentó en efecto el legado del Papa en Génova, mas produjo poco efecto la misión; ¡tan enconados se hallaban ya los ánimos! Ninguna de las dos parcialidades quería ceder: la del pueblo, porque confiaba en la superioridad del número; la segunda, porque se fiaba en las simpatías de los príncipes extranjeros, entre los que se contaba el rey de España. Sin embargo, continuaban los nobles antiguos desterrados de Génova, y los del

pueblo nombraron diputados para que en su nombre pidiesen á la señoría que se les librase de muchas cargas y gabelas. Con el legado del pontífice se mostraron poco obsequiosos, y el cardenal Moron trató de salirse de la ciudad, cuyos disturbios, en su opinión, solo se podían ya componer por medio de las armas.

Estaba el rey católico dudoso del partido que abrazaría en semejantes circunstancias. Seguía desairada su autoridad, y los de Génova le habían faltado á la palabra de arreglar las cosas por su arbitrio. Por otra parte, el duque de Saboya mantenía inteligencias con los nobles desterrados, ofreciéndoles á todos los momentos el auxilio de sus armas; y como no eran ignorados estos tratos del partido popular, crecían las acusaciones y las desconfianzas. El pueblo, cada vez mas animado, continuaba extendiendo la esfera de sus derechos; y aumentándose con esto el número de sus diputados, llegaron á tener en el gobierno los dos tercios de los votos. Todos los ojos estaban fijos en la determinación que tomaría el rey de España; cada parcialidad alegaba servicios pasados, y los prometían para en adelante. Alegaban los antiguos nobles que tenían posesiones en los estados del rey, que habían militado en su servicio, y pedían, para desagraviarse de sus enemigos, se les permitiese hacer uso de sus galeras y armas. En cuanto á los nuevos nobles ó parcialidad popular, prometían al rey armarían galeones y galeras, y que le servirían á sueldo como habían hecho en todas ocasiones. Dudaba el rey entre los dos partidos, y tenía motivos para ello. Dar á los antiguos nobles licencia para armar sus galeras, como lo pedían, era declarar la guerra civil en Génova; armando los de afuera contra los de adentro, comprometiendo de este modo la persona de su embajador, que se vería en precisión de dejar la ciudad, con grave detrimento de sus intereses. Declarándose á favor de la parcialidad popular, era temible que desconociese el pueblo sus servicios, ó se desenrollase demasiado el espíritu democrático, que por

ningun estilo convenia al rey de España. Por otra parte le interesaba mucho conservar á cualquier precio su influencia y ascendiente en un pais que tanto le servia en todas sus empresas marítimas. En medio de todo le alarmaba la propension y deseo que abrigaba el rey de Francia de tomar parte en la contienda apoyando al partido popular, para ejercer despues un protectorado parecido al de sus predecesores.

Las disensiones de Génova entre un partido popular que pugna por ensanchar el limite de su poder, y una antigua aristocracia que en sus privilegios se encastilla, fáciles son de concebirse, pues ademas de estar en el corazon humano, abundan en las páginas de la historia antigua como en las de la moderna. Tambien son fáciles de imaginarse las pugnas, los conflictos, las acusaciones mútuas de ambos bandos, y las disposiciones de ánimo de los príncipes vecinos atentos á estos altercados. Aquí los antiguos nobles como á las puertas de Génova deseosos de hostilizar por mar y tierra á la ciudad; allí el rey de Francia aspirando á mediar poderosamente en la contienda: por una parte el legado del Papa intrigando porque se declarase al pontífice árbitro de estas disensiones; por la otra al rey de España trabajando por conservar en Génova su preponderancia. No contento con la persona de don Juan de Idiaquez, creyó dar mas fuerza á su embajador enviando en clase de extraordinario á don Carlos de Borja, duque de Gandía, que llegó á Génova por agosto de 1574. Para corroborar su influjo moral, hizo que don Juan de Austria pasase á Génova con algunas fuerzas. Tambien se conservaba en sus intereses Juan Andrés Doria, que á fuer de noble antiguo, desde Sagona amenazaba la ciudad con sus galeras. Por otra parte, el nuevo virey de Milan, marqués de Ayamonte, habia recibido orden de tener fuerzas preparadas para cuando fuese necesario.

Las precauciones del rey no sirvieron al principio mas que de excitar desconfianzas y exasperar los áni-

mos. A pesar de la dignidad de grande de España de que estaba revestido el embajador extraordinario, daban preferencia los de la ciudad a la persona de don Juan Idiaquez, que sin duda era mas conciliador, mas sagaz, mas entendido en artes de gobierno. La misma presentacion de don Juan de Austria fué mirada con tanto desagrado, que le obligaron á permanecer fuera de la ciudad, y de este modo á tomar parte activa en favor de los nobles desterrados.

Mientras tanto envió el rey de Francia á Génova comisarios de oficio ofreciéndoles proteccion, y hasta por medio de las armas si fuese necesario. Mas tales fueron los recelos que causó su presencia á los embajadores de España, y tales las reconvencciones que sobre ello hicieron a la señoría, que ésta dió el paso de aconsejar á los franceses se retirasen de la ciudad, cuyas turbulencias en lugar de quietarse se aumentaban.

Referir uno á uno los pasos que se daban por entrambas partes para venir al logro de sus fines, las intrigas de las diversas parcialidades, las desconfianzas y acusaciones de unos y otros, seria prolijo y hasta inútil, tratándose de tan pequeño cuadro. Varias veces prorumpió el pueblo en abierta sedicion contra los que acusaba de querer tiranizarle; varias veces don Juan de Austria, Juan Andrés Doria y los nobles proscritos, hicieron amago de invadir la ciudad con fuerza armada. Los embajadores de España, que conocian las intenciones de su amo, trataban de contemporizar y de amortiguar el encono de los ánimos. Lo mismo hacia el legado del Papa, aunque siempre con la mira de dar á éste el honor de ser el árbitro supremo de las disensiones. Mas á pesar de sus deseos de conservar la paz, tales fueron los alborotos del pueblo y las acusaciones que se llegaron á hacer al rey de España, que los embajadores de este monarca, el legado del Papa, los comisarios del emperador y otros príncipes de Italia, se vieron en precision de abandonar la ciudad, dejándola envuelta en nuevas confusiones.

Inquieta la señoría de esta ausencia, envió un mensaje á los embajadores y demas comisarios, suplicándoles encarecidamente que volviesen. Si la faccion popular en Génova se hallaba agitada y llena de encarnizamiento, no sucedia lo mismo á los nuevos nobles, que contemplaban con sangre mas fria los peligros que los amenazaban. Sus enemigos eran muchos, y llegado á declararse de una vez contra ellos el poderoso rey de España, no dudaban de su infalible ruina. Por otra parte, estaban ya algo recelosos del sobrado vuelo que habian tomado las clases populares, temiendo, y con razon, que el rigor desplegado contra los antiguos nobles les alcanzase con el tiempo á ellos.

Fueron estos temores, de que participaban todos los individuos de la señoría, uno de los grandes elementos de la pacificacion que estaba ya tan próxima. Influyó asimismo poderosamente en ella el miedo de que el rey de España se declarase abiertamente por una de las dos parcialidades. Ni le acomodaba dar vuelos á la antigua aristocracia, ni queria que el elemento democrático fuese el preponderante en la república. En el equilibrio entre los dos ponía el principal asiento de su dominacion y de supremo ascendiente que ejercia de hecho, y no titubeaba en reclamar como un derecho. Si á todas estas consideraciones añadimos que la ciudad carecia de municiones y andaban en ella ya escasísimos los víveres, concebiremos la facilidad con que se avinieron á una pacificacion que todos deseaban.

Fueron los términos de la paz los mismos en que ya se habian convenido las dos parcialidades antes de venir á la ruptura, á saber: que se ejerciesen los oficios por iguales partes entre los nobles nuevos y los viejos. Para establecer desde un principio este equilibrio, se hizo la primera eleccion por los mismos embajadores y comisarios, nombrando tantos de una parcialidad como de la contraria. Fué celebrada esta pacificacion por todos los interesados, con grandísimas muestras de regocijo y en-

tusiasmo. Hicieron su entrada en la ciudad con todo aparato los nobles proscriptos, Juan Andrés Doria y don Juan de Austria. Se celebró la reconciliacion de unos y otros con un *Te-Deum* y una misa solemne, donde celebró el legado de pontifical, concluyendo con distribuir la bendicion á todos en nombre de Gregorio XIII. Quedó por entonces Génova tranquila, y bajo los auspicios del rey de España no fué durante todo su reinado teatro de nuevas turbulencias.

El cuadro que acabamos de bosquejar, ni es vasto, ni abunda en figuras que le dén realce. Se reduce al amago de una guerra civil, que no tuvo efecto por haberse hecho la paz antes de romperse á viva fuerza las hostilidades. Si hemos mencionado estas turbulencias, no fué sino para hacer ver la importancia del rey de España, y el ascendiente que tenia hasta en los países que no estaban bajo su inmediato mando. En su mano estuvo oprimir á Génova por medio de la antigua aristocracia, ó acabar con ésta apoyando á las clases populares; pero fué mas hábil su política. No pudiendo ó no teniendo por conveniente dominar en Génova por medio de sus armas, eligió el medio moral mas fijo de asegurar su poder en Génova, manteniendo el equilibrio, ó por mejor decir la rivalidad de las dos parcialidades, que le miraban como el árbitro supremo de sus diferencias.

Habiendo concluido lo que teniamos que decir sobre los asuntos de Italia y guerras en el Mediterráneo contra el turco, pasaremos á otro teatro de pasiones, de rivalidades, de guerras abiertas, á saber, los Países-Bajos, donde algunos años antes, habia pasado de orden del rey el duque de Alba.